



August 16, 2015

Twentieth Sunday of Ordinary Time

"Whoever feeds on my flesh and drinks my blood remains in me, and I in him." John 6:56

Dear Friends;

St Ignatius of Antioch was a disciple of the Apostle John. In Ignatius' *Letter to the Romans* he says, "I desire 'the bread of God' which is the flesh of Jesus Christ...and for drink I desire his blood" (7.3). By the writing of the Gospel of John (AD 90-100), it was common for Christians to describe their participation in the Eucharist as "Eating Jesus' flesh and drinking his blood." The Gospel of John spends five chapters on the Last Supper yet does not mention Jesus taking bread and wine and saying "This is my body...this is my blood." In this Gospel chapter 6, with its lengthy teaching on "the bread of life," is John's equivalent to the institution of the Eucharist.

The Gospel of John differs from St Paul and the other Gospels in the meaning of the Eucharist. Eucharist is not so much a memorial of the death of Jesus as in the writings of St Paul. Nor is it a continuation of the fellowship meals with Jesus during his life and after his resurrection (as in Luke). The Gospel of John sees the Eucharist as a cultic extension of the incarnation of Jesus. The Word of God, who took flesh in the person of Jesus, now is given as food and drink so that he may take flesh in us. "Just as the Father who has life sent me, and I have life because of the Father, so the one who feeds on me will have life because of me." (John 6:57)

Each Sunday we give thanks and celebrate that transforming power of Jesus in the Eucharist. The weekly Eucharist is a marvelous tool in shaping us into Christ. But we must be attentive to its signs, words and gestures. This week I want to reflect on what we do in our Eucharistic celebrations. Every Christian Eucharistic celebration has the same basic parts. **The three basic parts of the Eucharistic Liturgy are: we are called and gathered, we listen attentively, we respond gratefully.**

We are Called and Gathered. Our assembly is convoked by God. We are members and parts of the body of Christ through our faith and baptism. This is not our doing but God's. "It was not you who chose me, but I who chose you and appointed you to go and bear fruit that will remain..." *Jn. 15:6*. The decision to become Church does not come from us. It is a response to a call from God. We are invited to be a holy people united in love. We have an obligation to one another to make the Body of Christ visibly present. It is not an option but a privilege and holy responsibility born of love. The gathering rites on Sunday help us recall our identity as members of Christ. We see Jesus in one another. We are called to be in solidarity with each other. In the liturgy we are not acting as an audience, club, or political party. We are gathered as one in Christ Jesus. It is he who is acting through us in our liturgical worship.

We Listen Attentively. We are assembled around two tables—the table of the Word and the table of the Eucharist. Gathered as one, we are ready to hear Christ speak to us in the words of Scripture. There he nourishes us with the bread of his teaching. He speaks to us of God's radical love and a justice that gives preference to the lowly. It is Jesus Christ who speaks as the lector, psalmist, deacon or priest proclaims the Scriptures. This is why our attention at this point of the liturgy is directed to the reading stand, the ambo. The homily is the place where the teaching of Christ is connected to our life here and now. We are attentive to Jesus who speaks to us.

We Respond Gratefully. Once we have been nourished by the Word of God we are moved to make a response. We are called to commit ourselves to be as Jesus. So the first thing we do is reaffirm our baptism in the recitation of the creed. Mindful that we are a priestly people we offer prayer for the needs of the Church, the world and ourselves. Mindful that Jesus made himself a gift for us, we in turn make a gift of ourselves. We bring forward symbols of ourselves, our service and gratitude—money to support the community of faith, gifts for the needy, bread and wine.

With grateful hearts for all that we are and have; we place these signs on and around the altar-table. We join ourselves with the gift that is Jesus. We offer a sacrifice of thanks and praise. We pray that the bread and wine, along with us, be transformed into the Body and Blood of Christ. Through the invocation of the Spirit bread and wine become the Body and Blood of Christ. These transformed gifts are offered back to us. But before we receive them we pray for the coming Kingdom, healing, unity and peace. Next we greet each other with the peace of Christ. In Holy Communion we become who we are and what we receive—the Body and Blood of Christ. Nourished by Word and Sacrament we are commissioned to be the mercy and compassion of Jesus for the life of the world.

Next week: I will speak of our Eucharistic Prayer, Communion and the real presence of Christ.

Peace,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com



16 de Agosto, 2015

Vigésimo Domingo en Tiempo Ordinario

Quien se alimente de mi carne y beba de mi sangre permanecerá en mí, y yo en él." Juan 6:56

Queridos Amigos;

San Ignacio de Antioquía era un discípulo del apóstol Juan. En la carta de Ignacio a los Romanos dice: "deseo 'el pan de Dios', que es la carne de Jesucristo... y por bebida deseo su sangre" (7.3). Por la escritura del Evangelio de Juan (90-100 D.C.), era común para los Cristianos describir su participación en la Eucaristía como «*comer el cuerpo de Jesús y beber su sangre*». El Evangelio de Juan dedica cinco capítulos a la última cena, pero no menciona a Jesús, tomando pan y vino y diciendo "este es mi cuerpo... esta es mi sangre." En este Evangelio, capítulo 6, con su extensa enseñanza acerca de "el pan de vida," es el equivalente de Juan a la institución de la Eucaristía.

El Evangelio de Juan difiere al de San Pablo y otros Evangelios en el sentido de la Eucaristía. La Eucaristía no es tanto un memorial de la muerte de Jesús como en los escritos de San Pablo. Tampoco se trata de una continuación de las cenas en comunión con Jesús durante su vida y después de la resurrección (como en Lucas). El Evangelio de Juan ve a la Eucaristía como una extensión de la encarnación de Jesús. La Palabra de Dios, que se encarnó en la persona de Jesús, ahora se da como alimento y bebida para que pueda ser encarnada en nosotros. "Al igual que el Padre que tiene vida, me ha enviado, y yo tengo vida por el Padre, asimismo el que me come de mí tendrá vida por mí." (Juan 6:57)

Cada domingo damos gracias y celebramos esa fuerza transformadora de Jesús en la Eucaristía. La Eucaristía semanal es una herramienta maravillosa para formarnos en Cristo. Pero hay que estar atentos a los signos, palabras y gestos. Esta semana quiero reflexionar sobre lo que hacemos en nuestras celebraciones eucarísticas. Toda celebración Eucarística Cristiana tiene las mismas partes básicas. **Los tres elementos básicos de la Liturgia Eucarística son: Somos llamados y reunidos, escuchamos atentamente, respondemos con gratitud.**

Somos llamados y reunidos. Nuestra asamblea es convocada por Dios. Somos miembros y partes del cuerpo de Cristo a través de la fe y el bautismo. Esto no lo hacemos nosotros sino Dios. "*No sois ustedes quienes me habéis elegido, pero yo quien los elegí y los he destinado para que vayan y lleven el fruto que permanecerá...*" Juan 15:6. La decisión de convertirse en Iglesia no viene de nosotros. Es una respuesta a la llamada de Dios. Se nos invita a ser un pueblo santo unidos en amor. Tenemos la obligación de el uno al otro para que el Cuerpo de Cristo esté visiblemente presente. No es una opción, sino un privilegio y sagrada responsabilidad que nace del amor. Los ritos del domingo nos ayudan a recordar nuestra identidad como miembros de Cristo. Vemos a Jesús en el otro. Estamos llamados a ser solidarios con los demás. En la liturgia no estamos actuando como una audiencia, un club o partido político. Estamos reunidos como uno en Cristo Jesús. Es él quien actúa a través de nosotros en nuestro culto litúrgico.

Escuchamos Atentamente. Estamos reunidos en torno a dos mesas - la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía. Reunidos como uno, estamos dispuestos a escuchar a Cristo hablarnos en las palabras de la Escritura. Allí se nos alimenta con el pan de la enseñanza. Él nos habla del amor radical de Dios y una justicia que da preferencia a los humildes. Es Jesucristo quien habla como lector, salmista, diácono o sacerdote proclamando las Escrituras. Esta es la razón por la que nuestra atención en este punto de la liturgia se dirige a la lectura, el ambo. La homilía es el lugar donde la enseñanza de Cristo está conectado a nuestra vida aquí y ahora. Estamos atentos a Jesús que nos habla.

Respondemos con gratitud. Una vez que hemos sido nutridos por la Palabra de Dios, somos motivados a responder. Estamos llamados a comprometernos a ser como Jesús. Así que lo primero que hacemos es reafirmar nuestro bautismo al recitar el credo. Conscientes de que somos un pueblo sacerdotal ofrecemos oración por las necesidades de la Iglesia, el mundo y nosotros mismos. Somos conscientes de que Jesús se hizo un regalo para nosotros, y a su vez hacemos un don de nosotros mismos. Traemos símbolos de nuestra persona, nuestro servicio y gratitud - dinero para apoyar a la comunidad de fe, regalos para los más necesitados, el pan y el vino.

Con corazones agradecidos por todo lo que somos y tenemos; ponemos estos símbolos en y alrededor de la mesa de altar. Nos unimos con el regalo que es Jesús. Le ofrecemos un sacrificio de agradecimiento y alabanza. Oramos para que el pan y el vino, junto a nosotros, se transforma en el cuerpo y la sangre de Cristo. A través de la invocación del Espíritu, el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. Estos dones transformados se ofrecen a nosotros. Pero antes de que los recibamos oramos por el reino venidero, la sanación, paz y unidad. A continuación nos saludamos en la paz de Cristo. En la Sagrada Comunión nos convertimos en quienes somos y en lo que recibimos, el cuerpo y la sangre de Cristo. Alimentados por la palabra y los Sacramentos somos encargados a ser la misericordia y la compasión de Jesús para la vida del mundo.

La próxima semana: Hablaré acerca de la Oración Eucarística, Comunión y la verdadera presencia de Cristo.

Paz,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com